

las que hay entre Camprodon y el Ampurdan, y á apoderarse de San Juan de las Abadesas, de Ripoll, y de algunos otros puntos fortificados. No se creyó con bastantes fuerzas para sitiar á Gerona, y se corrió al llano de Vich para mantener sus tropas á costa de los catalanes, volviéndose al cabo de algun tiempo al Rosellon, no sin dejar algunas tropas en Prades y Puigcerdá.

Atribuian los catalanes al duque de Villahermosa los males del pais y la flojedad con que se hacia la guerra. La córte parece halló fundadas sus quejas y clamores, puesto que envió para reemplazarle en el vireinato al duque de Medinasidonia. Llegó el nuevo virey en ocasion que los franceses sitiaban á Urgél. Todo lo que hizo, y en verdad que tenia gente para mas, fué amagar con socorro, pero intimidóle el de Noailles, y se volvió pronto á Vich de donde habia salido. Así, por mas que la defendió con bravura don José Agulló que la guarnecia, Urgél tuvo que rendirse al francés, quedando prisionera de guerra toda la guarnicion (12 de junio, 1691), y siendo en su consecuencia trasportados al Languedoc novecientos hombres de tropa, ciento treinta y seis oficiales, y mil doscientos paisanos. Con este triunfo un cuerpo de tropas francesas se atrevió á penetrar hasta las cercanías de Barcelona, mientras Noailles con otro se fortificaba en Bellver para observar los movimientos del enemigo. El duque de Medinasidonia no se mostró mas guer-

rero ni manifestó mas deseos de dar batallas que su antecesor el de Villahermosa, y eso que de Aragon le fueron enviados refuerzos, con los cuales reunia un ejército bastante superior al francés.

Por este mismo tiempo una escuadra francesa de cuarenta velas, mandada por el conde de Estrées, se presentó en el puerto de Barcelona, y bombardeó la ciudad por espacio de dos dias, aunque con poco daño. Despues se hizo á la vela para Alicante con ánimo de bombardearla tambien, si el tiempo lo permitia: arrojó en efecto sobre la ciudad multitud de bombas, hasta que se avistó la flota de España que mandaba el conde de Aguilar (29 de julio, 1692). Entonces el de Estrées puso la suya en órden de batalla, pero de no querer aceptarla dió muestras huyendo luego mar adentro, disparándole algunos cañonazos la española, aunque sin poder darle alcance (1).

Tal era el estado de la guerra que la Francia sostenia en todas partes contra España y sus aliados, aparte de la que nos movia tambien en nuestras posesiones de Africa y de América, escitando y ayudando á los moros y á los filibusteros, cuando ocurrió

(1) Feliú de la Peña, Anales de Cataluña, lib. XXI. cap. 10 y 11.— Archivo de la ciudad de Barcelona.—Id. de la diputacion.—Ibid. Libro de las deliberaciones.—Correspondencia entre la ciudad y el rey.—En una carta con motivo del bombardeo de los franceses, les decia, escrito de su puño: «Y podeis estar muy ciertos que no alzaré la mano en cuanto fuera de vuestro alivio en la afliccion en que os hallais, como lo esperaréis de mi paternal cariño á tan fieles y leales vasallos.»

en Madrid una de aquellas novedades que en estos miserables reinados causaban siempre gran sensacion, y á las cuales se daban mucha importancia, á saber, la caida del ministro Oropesa. Apuntaremos las causas que prepararon y produjeron la caida de este ministro, en quien se habian fundado tantas esperanzas.

Las reformas que el de Oropesa habia emprendido y ejecutado en lo tocante á la hacienda y rentas del Estado, no habian dejado de ir aliviando los apuros del tesoro, y hubieran surtido mucho mejores y más saludables efectos, á no haber dado la superintendencia de la hacienda á su primo el marqués de los Velez, hombre bondadoso sí, pero de escasísimo talento, que por lo mismo fió la direccion de todos los negocios de su cargo á un criado ó dependiente suyo llamado don Manuel García de Bustamante, sugeto dotado de cierta amenidad en el decir, pero sin ningun pudor en lo de medrar á costa de los negocios que manejaba. Este hombre, progresando en la escuela de inmoralidad que se habia abierto en tiempo del duque de Medinaceli, llevó á un punto escandaloso el tráfico en la provision de los empleos, incluso los de justicia, y aun los de la iglesia, hasta llegar á venderse las togas y las mitras como en pública almoneda. Era voz comun que se mezclaban como partícipes en este bochornoso tráfico, con poca habilidad para hacer subir los precios de la gran-

jería, don Bernardino de Valdés y el marqués de Santillana, indigno de la limpieza de sus ilustres progenitores. El mas ageno á esta clase de negocios era el marqués de los Velez; acaso tambien lo era el de Oropesa; pero no así la condesa su muger, no poco tildada de codiciosa, y de quien llegó á sospecharse, lo que casi es tan feo de decir como de hacer, que le alcanzaba una buena parte de las ganancias que en el abasto de la carne, mas cara de lo que era razon, reportaban unos negociantes llamados los Prietos. Al hablar de estos manejos y de los de Bustamante esclamaba un escritor de aquel tiempo. «Si esto se ve, »se sabe, se consiente, se tolera, y por último en vez »de castigarse se premia; ¿qué estraña nadie que »llene Dios de calamidades á una monarquía, donde »el desórden, la injusticia, la sinrazon, la tiranía, »la ambicion y el robo reinan? (1)»

Ya no se contentaba el Bustamante con ser rico; queria honores y posicion; y lo logró, puesto que llegó á obtener plaza en el consejo de Hacienda, y luego en el de Indias, y aun aspiraba á cosas mayores. Semejantes escándalos dieron ocasion á todo el mundo para murmurar de Oropesa, y á sus envidiosos para trabajar por derribarle. Tenia enemigos fuertes, y habia sido muy descuidado en grangearse amigos.

(1) El autor de las *Memorias históricas* que esto dice, cita nominalmente varias de las personas á quienes se dieron de esta mane- ra los empleos, y que produjeron especial escándalo, así en España, como en Flandes, en Italia y en las Indias.

Culpábanle del retraso que sufrían los negocios, habiendo espedientes y consultas que estaban en su poder años enteros sin despachar; y como el cargo era fundado, fuéle menester desprenderse de la presidencia de Castilla, que hasta entonces se había empeñado en conservar, y que le embarazaba y ocupaba mucho tiempo. Dióse aquella al arzobispo de Zaragoza don Antonio Ibañez, y esto le atrajo nuevos y muy temibles enemigos. Fué primero el confesor del rey, que lo era ya Fray Pedro Matilla, traído por el mismo conde de Oropesa á aquel puesto, donde nunca pudo prometerse llegar: pero tuvo la candidez de inferir de unas palabras del ministro que iba á ser él el llamado á sucederle en la presidencia, resintióle el desengaño, y vengóse en indisponer al agraciado arzobispo con el de Oropesa. Uniéronse los dos con el condestable, el cardenal arzobispo de Toledo, el duque de Arcos y otros que ya eran enemigos del conde, y sobre todo con el secretario don Manuel de Lira, y todos conspiraban á hacerle caer de la gracia del soberano.

Sin repugnancia hubiera dejado el de Oropesa el ministerio á trueque de descansar libre de intrigas y de persecuciones, sin el ascendiente que sobre él ejercía la condesa su esposa, muger altiva y soberbia, que no podía resignarse á vivir sin las consideraciones, sin el brillo, y aun sin el interés y el provecho que sabía sacar de su alta posición. La muerte de la

reina María Luisa de Orleans, y la venida de la nueva reina María Ana de Neuburg, fueron dos verdaderos contratiempos para el conde y la condesa de Oropesa. Sobre padecer la reina alemana de accidentes, que en ocasiones la ponían á morir, y obligaban al rey y á toda la servidumbre á tratarla con el mas esquisito esmero y cuidado, y á no contrariarla en ninguno de sus caprichos y antojos, que eran muchos; sobre traer despierta una gran codicia, y ser de un genio dominante y altanero, y á quien por lo mismo el rey, enfermo y flaco, no se atrevía nunca á disgustar, metióse de lleno en el manejo de los negocios, y púsose á la cabeza del partido que había contra Oropesa. Y como don Manuel de Lira se adelantara á ofrecerle todo su influjo y servicios, hizole la reina su instrumento y su confidente, y destinábale para su ministro. Con este apoyo arrojó ya el de Lira la máscara del disimulo con que hasta entonces había encubierto su odio á Oropesa, y descaradamente le injuriaba y desacreditaba. Pero sosteníale todavía la reina madre, que menospreciada por la esposa de su hijo, tenía interés en mantener al conde.

El infeliz Carlos II. oía las murmuraciones y los chismes que cada uno le llevaba, y sin atreverse á romper ni con Lira ni Oropesa, ni contradecir á la reina madre ni á la reina consorte, contaba reservadamente á la una y al otro lo que el uno ó la otra en secreto le decían, haciéndose de este modo el pa-

lacio un hervidero de cuentos y de intrigas de mal género, que mas parecia casa de vecindad que morada de reyes; porque lo mismo que las reinas, y que el ministro y el secretario, obraban el confesor, y el condestable, y el presidente de Castilla, y todos los enemigos del de Oropesa. Daban armas y argumentos contra él los desgraciados sucesos de la guerra, que siempre se atribuyen al que ocupa el primer puesto en el gobierno. Pero la pérdida de Mons en Flandes, de que antes hemos dado cuenta, y la culpa que de aquel desastre se descubrió haber tenido el marqués de Gastañaga, imprudentemente defendido por don Manuel de Lira de las justas acusaciones que le hacia el rey de Inglaterra Guillermo de Orange, produjeron la separacion del de Lira antes de ver logrado su deseo de derribar á su rival. Fué, pues, relevado el de Lira de la secretaría del despacho universal, y aunque se le dió una plaza en la cámara de Indias, túvolo, como todo el mundo, por una especie de retiro mas ó menos honroso, y no podia sobrellevar el peso de ver asi burladas sus esperanzas (1).

La caida de Lira retardó algo, pero ya no bastó á detener la del ministro, y poco tiempo pudo éste gozar de su triunfo. La reina, irritada con la separacion de su confidente, redobló sus esfuerzos contra Oropesa.

(1). Papel que escribió al rey despide de la asistencia del desdon Manuel de Lira por mano de pacho universal: En el Semanario don Juan de Angulo, en que se Erudito de Valladares, tom. XIV.

sa, ayudada ahora por el embajador de Alemania, y aun por el mismo emperador á quien logró interesar, ademas del confesor, del condestable, del presidente de Castilla y los otros personages que antes nombra- mos, los cuales todos asestaron contra él sus baterías, Por encariñado que el rey estuviera, como lo estaba, con Oropesa, no pudo ya resistir á tantos ataques; cedió al fin, y un dia (24 de junio, 1694), le dirigió el siguiente papel escrito de su mano: «Oropesa; bien »sabes que me has dicho muchas veces que para con- »tigo no he menester cumplimientos, y asi, viendo de »la manera que está esto, que es como tú sabes, y »que si por justos juicios de Dios y por nuestros pe- »cados quiere castigarnos con su pérdida, que no lo »espero por su infinita misericordia, por lo que te es- »timo y te estimaré mientras viviere no quiero que »sea en tus manos; y asi tú verás de la manera que »ha de ser, pues nadie como tú, por tu gran juicio y »amor á mi servicio, lo sabrá mejor. Y puedes creer »que siempre te tendré en mi memoria, para todo lo »que fuese mayor satisfaccion tuya y de tu familia. »Y asi verás si ahora te se ofrece algo para que lo »esperantes de mi benignidad y afecto á tu perso- »na.—Yo el Rey.»

Cuando Oropesa se presentó á su soberano, y despues de algunas reflexiones le manifestó que el único medio para que no se perdiera en sus manos la monarquía era que le concediera el permiso para re-

tirarse, le dijo el rey: «*Eso quieren, y es preciso que yo me conforme.*» Entonces se echaron mutuamente los brazos, y se despidieron tiernamente. A los dos dias salió el de Oropesa de la corte para la Puebla de Montalvan, lugar de su cuñado el duque de Uceda. El pueblo, amigo siempre de novedades, se alegró de la salida del ministro, á quien por entonces se echaban las culpas de todas las desgracias y de todo lo malo que sucedia. Cuatro dias despues de la retirada del conde hizo el rey consejeros de Estado á los duques del Infantado y de Montalto, á los marqueses de Villafranca y de Burgomaine, á los condes de Melgar y de Frigiliana y á don Pedro Ronquillo, conde de Granedo y embajador de Inglaterra ⁽¹⁾.

Formábanse diversos cálculos y juicios acerca del futuro gobierno, lo mismo que antes sucedió cuando cayó del ministerio y de la privanza el duque de Medinaceli. Creian unos que el rey, cansado y escarmentado de ministros y validos que tanto disgusto y tantos clamores suscitaban, se dedicaria por sí mismo á los negocios, hallándose ya en edad bastante para poderlo hacer. Sospechaban otros, que mas acostumbrado á las diversiones que al trabajo, y débil de

(1) El autor de la *Memorias históricas* insertas en el *Semanario Erudito* hace una triste pintura de los escasos méritos y corta capacidad de algunos de estos nuevos consejeros, y cuenta lo que cada cual habia sido antes, y los

manejos á que debió el haber subido á tan alto puesto. Entre ellos los habia muy dignos, como el marqués de Villafranca, el de Burgomaine, y el mismo Ronquillo, no obstante ciertos defectos.

complexion como era, cuando el estado de la monarquía necesitaba mas quien con robustas fuerzas y discrecion grande remediara las desgracias y las miserias y los desórdenes que padecia, no era Carlos quien gobernando por sí fuera capaz de evitar la ruina que amenazaba, ni veian tampoco sugetos bastante hábiles, integros y capaces á quienes pudiera fiar la gobernacion con acierto. Unos y otros discurrían bien; porque los primeros dias se consagró el rey á los negocios con una aplicacion inesperada y casi increíble; mas no tardó en suceder al fervor el fastidio, y cayendo en el opuesto extremo de no resolver nada por sí y consultar á muchos, se abrió la puerta á un desorden mayor que todos los de antes, aprovechándole en utilidad propia y en daño del Estado, la reina, el confesor, el presidente de Castilla y los allegados y servidores de estos, algunos de los cuales era mengua y escándalo entonces, y ahora causa bochorno y rubor tener que nombrar.

Pero el cuadro que ofrecia el palacio, y la corte, y el gobierno de España, si no halagüeno antes, lastimoso despues de la caída de Oropesa, merece ser bosquejado aparte, por doloroso que sea al historiadore amante de la honra y del decoro de su patria.